



Cuadernos VII

Ética del Riesgo

- Saul Karsz -

Colección Digital Documentos para el ejercicio profesional del Trabajador Social



CIS

Serie Cuadernos

Ética del riesgo*

Saul Karsz **

* Este documento se realiza en base a la conferencia "Reflexiones sobre la ética y sus implicancias en los procesos de intervención" dictada por el Dr. Saúl Karsz en la Asociación de Profesionales de Servicio Social (APSS-CABA), el 8 de junio de 2019. Actividad coorganizada entre la APSS y la Comisión de Ética y Derechos Humanos del CATSPBA.

** La presente conferencia fue organizada y sintetizada por el Lic. Santiago Albaytero y la Lic. Carolina Mamblona, en articulación con la Comisión de Ética y Derechos Humanos. Revisada, reelaborada y aprobada para su publicación por el autor.

Cuadernos VII

Ética del riesgo

Comité editorial:

Laura Paradela, Manuel Mallardi, Carmiña Macías, Ximena López y Clarisa Burgardt
(ICEP - Instituto de Capacitación y Estudios Profesionales)

Mirta Rivero

(Mesa Ejecutiva del Colegio de Trabajadores Sociales de la Pcia. de Bs. As)

Karsz, Saul

Ética del riesgo / Saul Karsz. - 1a ed. - La Plata : Colegio de Asistentes Sociales o Trabajadores Sociales de la Provincia de Buenos Aires, 2020.

Libro digital, PDF - (Documentos para el ejercicio profesional del Trabajo Social. Cuadernos ; 7)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4093-23-3

I. Trabajo Social. 2. Ética. I. Título.
CDD 361.3

Está permitida la reproducción parcial o total de los contenidos de este libro con la mención de la fuente. Todos los derechos reservados.

Colegio de Trabajadores Sociales de la Provincia de Buenos Aires

Calle 54 # 742 Piso 3º (1900) La Plata - Bs. As.

Tel-Fax (0221) 427-1589 - E-mail: info@catspba.org.ar - www.catspba.org.ar

Autoridades del Colegio de Trabajadores Sociales de la provincia de Buenos Aires

CONSEJO SUPERIOR

Mesa Ejecutiva:

Presidente: MIRTA GRACIELA RIVERO
Vicepresidente: ADRIANA ELISABET ROSSI
Secretario: MARCELA PATRICIA MOLEDDA
Tesorero: MARCELO ANIBAL ECHAZARRETA

Vocales Distrito Azul:

Titular: LORENA PAOLA CALVETE
Suplente: ANDREA ANTONIA OLIVA

Vocales Distrito Bahía Blanca:

Titular: SANDRA ELIZABETH VALENZUELA
Suplente: CLARISA BURGARDT

Vocales Distrito Dolores:

Titular: CLAUDIA MIRIAM CHIMINELLI
Suplente: SERGIO ESTEBAN BACCI

Vocales Distrito Junín:

Titular: NADIA CELESTE RODRIGUEZ
Suplente: CATALINA MARÍA BOCACCI

Vocales Distrito La Matanza:

Titular: ANDREA DEL VALLE MEDINA
Suplente: GRACIELA BEATRIZ ORLANDO

Vocales Distrito La Plata:

Titular: MARIA JOSE CANO
Suplente: JULIETA MASCOTRO

Vocales Distrito Lomas de Zamora:

Titular: MARTA SUSANA MONTE
Suplente: MONICA EDITH ETCHEVERRY

Vocales Distrito Mar del Plata:

Titular: MARIANA SOLEDAD BUSTOS YAÑEZ
Suplente: JESSICA MILENA GALLO

Vocales Distrito Mercedes:

Titular: IRMA CRISTINA ISABEL ACUÑA
Suplente: NICOLÁS PELLEGRINI

Vocales Distrito Moreno - Gral. Rodríguez:

Titular: ESTELA MARIS RODRIGUEZ VEDIA
Suplente: MARIANO EDUARDO COLOMBO

Vocales Distrito Morón:

Titular: PATRICIA LAURA BERTAZZA
Suplente: JORGELINA ALEJANDRA CAMILETTI

Vocales Distrito Necochea:

Titular: ADRIANA PEREZ
Suplente: NÉLIDA ROSANA D'ANNUNZIO

Vocales Distrito Pergamino:

Titular: SONIA VIVIANA SANCHEZ
Suplente: MARÍA BELÉN TABORDA

Vocales Distrito Quilmes:

Titular: MARCELO CLAUDIO KOWALCZUK
Suplente: -

Vocales Distrito San Isidro:

Titular: ADRIANA GRACIELA REYNOSO
Suplente: MARÍA MARTA CARNERO

Vocales Distrito San Martín:

Titular: SILVIA PATRICIA GARCIA
Suplente: MABEL JUANA ODORISIO

Vocales Distrito San Nicolás:

Titular: MARIA EUGENIA PINI
Suplente: MARÍA VIRGINIA LATTANZIO

Vocales Distrito Trenque Lauquen:

Titular: MARÍA SOLEDAD FOSSAT
Suplente: ELEANA GALIANO

Vocales Distrito Zárate - Campana:

Titular: PATRICIA LAURA MANSILLA
Suplente: CAROLINA SABAROTZ

TRIBUNAL DE DISCIPLINA

Vocales titulares:

Marisa Beatriz SPINA
María Carolina MAMBLONA
Silvia Alejandra COUDERC
Patricia Analia PARISI
Dario Alejandro PETRILLO

Vocales Suplentes:

Tatiana María FINK
Regina Laura PARADELA
Susana Beatriz RODRIGUEZ
Carla Marcela LAMBRI

Introducción

Les presentamos el Cuaderno “Ética del Riesgo” que nace de una charla que dictó el Dr. Saúl Karsz en 2019, en el marco de una actividad conjunta entre la APSS y el CATSBA. Se trata de una producción que el autor la reescribió a partir de su exposición oral llena de guiños y expresiones coloquiales bajo las cuales nos propone inquietarnos. El abordaje de temáticas como la ética y la intervención social implican una tarea compleja que suele perderse por caminos áridos y abstractos, cuestión que no sucede en este texto.

Invitamos a leerlo porque consideramos que contribuye a favorecer la interpelación en tanto movimiento que nos permite descubrir (en el mayor de los sentidos) las contradicciones de la realidad, presentes inexorablemente en los procesos de intervención profesional.

El autor nos convoca de una forma estimulante a desnaturalizar supuestos de la práctica profesional a partir de problematizar las condiciones institucionales, de trabajo, de financiamiento de las políticas sociales, de la dinámica estructural de lo real y del trabajo social entendido -desde su posicionamiento- como aparato Ideológico del Estado.

Saúl Karsz propone un texto que coloca preguntas pertinentes, desde la agudeza y la ironía de un filósofo-psicoanalista que desde su actividad profesional incita a revisar las prácticas, buscando atenuar los niveles de sufrimiento y frustración en los procesos de trabajo.

Resulta imposible permanecer indiferentes frente a lo que él nos propone. Seguramente polemizamos con muchas de sus afirmaciones, pero ello forma parte del debate plural que el colegio viene impulsando en las distintas publicaciones y actividades.

Lxs invitamos a realizar una lectura atenta, que permita que la ética, como parte de la reflexión de la moral, como una dimensión constitutiva de los procesos de intervención, encuentre espacio para favorecer mayores posibilidades de autonomía profesional.

Por último, queremos destacar que sus contribuciones se realizan bajo una enorme generosidad disponiendo de tiempo, trabajo y en este caso, no solo brindando una charla expositiva sino, reescribiéndola para compartirla con todx el colectivo profesional.

Todo posicionamiento ético implica asumir riesgos... Darle encarnadura a esta afirmación es crucial para contribuir a un ejercicio crítico del trabajo social.

Lo saben los hombres
y lo saben los dioses
saben que los cuerpos se afligen
se derrumban como muros viejos
aunque hayan sido levantados en la mañana,
saben que el dolor hiere al corazón
que se vuelve lento y vulnerable
como el pensamiento y la razón
que dejan de crear belleza.
En esta batalla yo alzo la voz
como mujer que ama al padre,
al hermano, al amado,
por encima de cualquier poder,
sólo como mujer.

“Antígona”, de Carmen Uría Araujo

Lic. Santiago Albaytero y Lic. Carolina Mamblona
CATSPBA, octubre de 2020

Ética del Riesgo

Ética y trabajo social: un tema

Se trata aquí de intercambiar algunas ideas con las que uno puede estar de acuerdo, o no. Esto último es un detalle circunstancial, en primer lugar, importa tomar efectivamente conocimiento de discursos y análisis con los que luego se converge o se diverge de la manera más argumentada posible.

Lo que les puedo proponer es **un punto de vista en el mapa de diversidades**, que está montado sobre la idea siguiente: el tema “ética-trabajo social” se lo toma al pie de la letra, como una afirmación. En ese caso, hago un discurso sobre la ética, la acción social, cómo la intervención social o más bien el interviniente o trabajador social sufre o está contento con la ética. Es una primera posibilidad: comentar el tema, desplegarlo como una evidencia. Confieso ser incapaz de hacer eso, me aburro de entrada. Como explico en varios textos (capítulo 2 de “**Problematizar el trabajo social**”), me parece más fecundo lo que llamo clínica transdisciplinaria -no unilateralmente psicológica ni menos aún psicologista- de la intervención social. Temática importante, para otro día...

La segunda posibilidad es explícitamente filosófica. Tratar de ver de qué se habla cuando se habla de ética, de qué se habla cuando se habla de intervención social. Ambos términos, enigmáticos, constantemente sobrentendidos, al punto que raramente se sabe a qué se refieren... Recogen un amplio consenso porque en realidad no se sabe sobre qué. Se los suele pronunciar rápidamente en francés, en español, en inglés, ¿quizá para evitar que alguien te pregunte a qué te refieres precisa y concretamente? De allí que la gran mayoría de discursos orales o escritos tratan de la ética del trabajo social, o de la acción médica, de la actuación jurídica, etc. “la ética nos permite, la ética nos impide”. De acuerdo, ¿de qué ética se trata? ¿de qué se trata en la ética? ¿Por lo demás, ética en singular o en plural? A partir de allí, el asunto ético se complica mucho. Por eso la gente *educada* pasa urgentemente al punto siguiente.

Exactamente lo mismo con *intervención social*. Tan enigmática como la ética. No por nada van juntas... “La intervención social es lo que practican los trabajadores sociales”: ¡gran verdad de Perogrullo! Sin

embargo, todo trabajador social -incluso empleado como tal- hace visitas domiciliarias o recibe gente en su oficina sin por ello operar en el marco del trabajo social sino más bien desde la caridad o bien de militantismo político, dos prácticas que no tienen nada de peyorativo, por supuesto, pero que no entran en el campo del trabajo social rigurosamente definido. Queda claro: todo trabajador social no hace necesariamente, de hecho, trabajo social. No, en efecto, porque varias preguntas previas se plantean. Primero, ¿qué es una intervención quirúrgica, social, de panadero, otras? Digamos: “acción que produce efecto”, que debe producir efectos, modificaciones, alteraciones, si pretende ser una intervención. Salvo que se trata de intervención social, nada menos que social, la cual produce efectos sociales. Ahora bien, “social” es probablemente uno de los términos más usuales y más enigmáticos que existen.

Anécdota que suele esclarecer este punto. En una de mis vidas anteriores, en Montreal, supe que el leñador local pasa varios meses en los bosques del norte de Canadá, solo con su cabra y muchísimo frío. Corta árboles, los primeros troncos son para su choza y alguna dependencia anexa, el resto es para el comerciante para quien trabaja. ¿Por qué les cuento esto? Porque el leñador hace el único modo de trabajo posible: trabajo social. El trabajo es social, la nieve es blanca, las mujeres son femeninas y los hombres, viriles. Decir que ustedes, participantes a esta charla, son trabajadores sociales, es cierto; pero ¿qué sería un trabajador no-social? ¿Cómo pensar el trabajador social? Se suele dejar de lado diciendo que se trata de meras definiciones, “son asuntos de filosofía, lejos de la acción”. Tal vez, pero observemos que equivocarse de definición lleva a equivocarse de objeto designado, y de modalidad práctica de intervención social. Recordar esto: los sinónimos son convergencias gramaticales, pero no necesariamente convergencias de objetos reales; *yo quiero* no quiere decir *yo quisiera*, menos aún *yo deseo*. Importancia primordial de la definición tan rigurosa como posible, que es algo demasiado importante para dejarla únicamente a los intelectuales profesionales.

Afrontemos entonces nuestro tema: “ética e intervención social”. Tema difícil que comprende términos difíciles.

Ética: ¿qué se puede entender por ética? Puedes escribirlo con mayúscula o con minúscula, en singular y en plural. En singular, ética es el nombre de una asignatura, de un libro o de un discurso pero en la realidad concreta de las prácticas de trabajo social, de las instituciones, de la política o de lo que sea, la ética en singular y peor aún en mayúscula no existe. Nadie ha visto la ética jamás, nadie practica La ética, ni tiene problemas éticos indiferenciados o en general. **Solo existen éticas diferentes, opuestas. A veces, aliadas; a veces, adversarias.**

La ética se inscribe en una especie de trío compuesto de tres elementos vecinos, pero radicalmente diferentes: moral, ética, deontología. Generalmente, se utilizan moral y ética como sinónimos intercambiables en nombre de dos etimologías (raíz griega, raíz latina) que no son en absoluto las mismas. Esto induce amalgamas que complican

mucho y explican poco. Ahora bien, puesto que se trata de tres palabras distintas -moral, ética, deontología- deduzcamos que no designan el mismo objeto, la misma realidad. Lo que propongo es evitar de usarlos como sinónimos intercambiables. Sugiero interrogar las denominaciones, funcionamientos y atributos de los que se suelen llamar *comités de ética, consejos de ética, tribunal ético...*

¿Qué es la moral, qué es la ética, qué es la deontología?¹ La **moral** es el referencial axiológico (valores) de una comunidad, de un pueblo, de una cultura (moral judeo-cristiana, por ejemplo). La representación prototípica de la moral es el relato bíblico con Moisés, aquel que subió al Sinaí para alejarse de la gente común, la gente de abajo (¡aparentemente la gentuza está siempre abajo!). Subió, y allí arriba, cerca el cielo, el Gran Otro le concedió las Tablas de la ley, la prescripción de lo que se puede y de lo no se puede, de lo que se debe y de lo que no se debe, del bien y del mal **ya escritos**. ¡Punto esencial! Moisés recibió las tablas de la ley escritas por el único susceptible de escribirlas. Cualquier otro escritor, cualquier otro origen es discutible y corregible. Dios es el sujeto absoluto. Garantiza que no hay intereses subjetivos ni partidarios ni políticos en juego, solo intereses supremos y extrahumanos. Para que haya una moral es pues imprescindible inventar una entidad de esta naturaleza, que hasta puede disfrazarse de laico: Dios puede ser el Comité Central, puede ser mi mamá, mi marido, mi esposa, mi jefe de servicio, la lista no tiene fin. Se trata de figuras, de figurines, de representaciones. Lo fundamental es que las tablas de la ley caigan del cielo, que niegan el destino histórico de todo lo que es humano, lo fundamental es que estipulen de una vez para siempre el bien y el mal. Dato fundamental, cláusula mayor. La moral supone que hay, en algún lugar, el bien y el mal, **escritos ya**. Yo, simple humano, puedo tener alguna dificultad en reconocer dónde está lo bueno y lo malo, y sucumbo entonces a alguna crisis de conciencia. Por esto consulto al cura o al imán o a otro personaje del folklore religioso o laico, para rogarles: “¿Dónde está el bien?” Y el otro me responde, con la dosis de sadismo y culpabilización usual, en todo personaje divino.

Entonces, Moisés baja con las tablas de la ley ya escritas y su función es hacer que la gente de abajo, que la gentuza ejecute los mandamientos. O sea, que se conforme a la Ley. Para ello se debe entrar en la casilla correspondiente para -según el caso- ser honesto o deshonesto, complicado o simple, etc. Ciertamente, no es tan simple, a veces hay que darle muchas vueltas, pero lo importante es la garantía divina, esto es la certidumbre humana divinizada.

La **deontología** figura en el frontispicio de las corporaciones profesionales. Se trata de la moral prescrita a los miembros, adherentes o asociados de dicha corporación y de las condiciones que justificarán la defensa de estos asociados en caso de litigio exterior. La deontología toma la forma institucional de un colegio de trabajadores sociales, de un orden de abogados, de un orden de médicos. Se trata de una moral

¹ Ver el libro “Ética y trabajo social” (2019), edición del Colegio de trabajadores sociales de la provincia de Buenos Aires.

sectorial aplicada a una profesión dada. “Yo, en tanto que trabajador social, acepto, no acepto..., no sé qué hacer”. Entonces voy al tribunal de disciplina o al comité de ética. Estas entidades se reúnen para examinar las diferentes situaciones; en el caso de médicos o enfermeros, para defenderlos respecto de las autoridades del hospital o del ministerio de salud u otros...

La **ética** es un asunto complejo, muy complejo. A menos de confundirla con la moral, cosa que es un error teórico y una facilidad de huida bastante corriente. La ética tiene que ver con Antígona, personaje de la tragedia griega del mismo nombre. El rey había dado la orden de matar a su hermano, con el suplemento que no se lo debía enterrar sino dejar fuera de la ciudad: los animales se lo iban a comer durante la noche y, además, estaba igualmente condenada a muerte toda persona que pretenda darle una piadosa sepultura. Antígona no lo soporta y decide –Antígona tiene dos hijos pequeños, que ella ama mucho, que la aman mucho– enterrar a su hermano. Y, por supuesto, Antígona termina mal. Eso es la ética. **Es la decisión que un individuo toma de la única manera posible: como puede.** No en alma y conciencia, que es una tontería pretenciosa y narcisista. Después de Freud no existe ya la plena conciencia, fórmula que es un contrasentido. La plena conciencia es en realidad el pleno equívoco...

La ética es la decisión que uno o varios sujetos toman, con su conocimiento necesariamente parcial de las razones de su decisión y con consecuencias buenas y/o malas que no se conocen todavía. **La ética es una apuesta. La ética es un riesgo, es una jugada.** Es “yo tengo razón”, pero es también “yo tal vez tenga razón”. Es también “probablemente yo tenga razón”, a veces sólo contra todos y, a veces, “estoy contra todos y son ellos quienes tienen razón”. La ética es una apuesta. Si no es esto, no es más ética. Es moral.

En la ética, un sujeto se juega, un sujeto singular está en juego. Juega lo que es. Caso extremo, Antígona representa un caso particularmente claro. Uno no tiene por qué jugarse así todo el tiempo, por supuesto. En la ética, yo asumo; en la moral, yo aplico, como cataplasma, y trato de ser lo más sensato posible para no equivocarme, ser lo más ortodoxo y obediente posible: la moral reclama la sumisión, a cambio de una conciencia tranquila. En la ética hay una historia, personal, familiar, social: todo lo que hicieron mis antecesores. Estos hicieron cosas geniales, pero todos desaparecieron: puedo y seguramente debo inspirarme de lo que se ha hecho ya, pero debo arriesgarme solo, con mis valentías y mis cobardías. Porque ni en bien ni en mal, finalmente nadie, ningún individuo y ningún colectivo, se encuentra en mi situación actual, confrontado a ciertos desafíos específicos y a su manera únicos. La ética se halla estrictamente correlacionada con la soledad.

¿Ética individual, no individual, colectiva? Todo depende del estatuto del individuo, antes o después del psicoanálisis.

Antes del psicoanálisis, este *antes* puede ser posterior a 1939, fecha de la muerte de Freud en Londres. Hablamos aquí de anterioridad

o de posterioridad lógicas y teóricas, no cronológicas. Antes de la problemática freudiana, el individuo es un yo: en alma y consciencia, yo decido esto y aquello. Se supone que conozco las razones de mi decisión y que ésta es la más pertinente, la menos loca, habida cuenta de la situación. Ejemplo: una persona se suicida: “¿Estaba en plena posesión de sus facultades mentales?” Semejante pregunta se dirige a alguien que se toma por un individuo, un *in-dividuo*, un ser indiviso, sin fallas, de una sola pieza. El individuo se posee a sí mismo. Siempre hay alguien que dice: “Yo me conozco, ¿te das cuenta? Todos mis años de terapia: me conozco bien”. En realidad, este personaje esquivó dos o tres consultas importantes. ¡Inverosímil propiedad de sí mismo! “Me conozco *bastante*”, hete aquí una correcta declaración que cabe pronunciar, poco pretenciosa, poco exagerada. Otro ejemplo: los conservadores suelen lamentarse de “los extranjeros que nos invaden”; ahora bien, el primer extranjero soy yo, para mí. O bien: “hace veinte años que vivo con ella o con él. Nunca hubiera pensado que sería capaz de semejante reacción”. Se puede conocer bastante bien una persona, imposible sin embargo de agotarla.

Después de Freud, y también después de Marx..., porque esos dos no se conocieron- cosa que es una lástima para ambos- pero les hubiera hecho muy bien a uno y a otro, por muchas razones. Es un diagnóstico que me permito avanzar...

Después de Freud, individuo no debe confundirse con *singular*. Según el gran Hegel, maestro-inspirador de Marx, *singular* quiere decir *universal encarnado*. Les sugeriría conservar esta preciosa definición, pero no en naftalina, porque es muy buena para comprender quiénes son y como son los usuarios, y el tipo de trabajo que cabe hacer con ellos, no sobre ellos sino con ellos. Sean que, lo toman por individuos: una primera mujer, usuaria con tales o cuales rasgos particulares, más tarde otro-otra usuario/a con otro nombre, otro domicilio, otros rasgos. Sea que lo toman por sujetos singulares. Cada usuario/a presenta por supuesto características relativamente únicas, al mismo tiempo que representa un barrio, una clase social, una profesión, una desocupación. Un sujeto es un colectivo encarnado, un colectivo singularizado.

Por ello afirmo que no existe el trabajo social individual. No existió nunca. Hay trabajo social con individuos, porque no se puede trabajar con un individuo aislado de toda relación social y de toda relación de producción: la señora viene, cierra la puerta, está ella, estoy yo... Físicamente, somos uno y otro... Pero ella no viene sola... Del adolescente echado de su casa se dice que ya no tiene a nadie, nadie lo espera, nadie lo quiere ver. **Afirmo que tal situación es imposible.** Por supuesto, en todas partes del mundo los padres echan, sino físicamente al menos simbólicamente al hijo-a adolescente, y cuando el trabajador social tiene un lenguaje pobre dice: “ese chico está sólo”. Pero no está sólo: tiene el odio o la nostalgia de su padre y de su madre, tiene lo que padre y madre le dieron e incluso lo que le negaron, la comida que hacía mamá, los olores... En una palabra, viene con ellos. Con sus experiencias de calle, de escuela, de amigos y de adversarios. **Siempre**

acompañado. No existe un usuario en estado de levitación social, incoloro como el agua...

La ética es un compromiso que alguien contrae con lo que sabe, que no es todo; con lo que puede, que tampoco es todo; en una situación dada, en su posicionamiento respecto de la ley. La moral también es un posicionamiento respecto de la ley, pero la moral tiene esto de particular: es un posicionamiento respecto de la ley en el sentido de estar dentro o bien fuera de la ley: obedeces o eres insumiso... Como dicen los sociólogos, que son a veces muy pintorescos: estás en la norma o estás no se sabe dónde, estás en el aire sin paracaídas. La moral también tiene que ver con la ley a cumplir “usted está mal, se siente culpable porque no la cumple, pero yo lo voy a ayudar: no hay que robar”. ¡Por supuesto, no propongo a nadie que robe! Digo que hay que tener en cuenta a quién se dice que no hay que robar, y cómo este usuario lo entiende respecto de los negocios de tal o cual presidente: por qué ciertos robos enormes y sistemáticos de las multinacionales no acarrearán mayores consecuencias y otros, más bien “artesanales” desencadenan la caballería pesada. “No debes tomar tal o cual producto, es un psicotrópico”. “No está bien para tu salud, para la ley... Yo te voy a ayudar a... **¿una cierta normalización**, social e históricamente connotada?”.

La ética es otra cosa. Su principio es: **existe la ley, hay que tomarla en cuenta, no necesariamente obedecer.** Porque la ley no es automática y necesariamente justa: tal ley impone denunciar a sus vecinos, hay una disyuntiva ética cuando uno o varios sujetos singulares deben decidir, con sus miedos y sus osadías, sus convicciones y sus renunciaciones, si radican o no semejante denuncia. La moral es: hay una ley y yo soy responsable ante ella de su buena o mala aplicación.

La ética es un posicionamiento de un sujeto que decide hacer o no hacer tal señalamiento que probablemente acarreará en tal o cual acción policial, judicial, penitenciaria. Hay ética cuando alguien se asume como puede. Me dirán: “Sí, sí, de acuerdo, pero esos planteamientos son peligrosos”. ¡Seguramente! Señalemos que no es imprescindible correr tal riesgo, uno puede limitarse a hacer su deber, todo su deber y únicamente su deber, sabemos, sin embargo, que también la sumisión, el “no te metas”, el hecho de querer ser razonable y conformista son arriesgados, puesto que pueden comprometerse con dispositivos y discursos extremadamente reaccionarios, crueles. En regla general, vivir, trabajar, es por definición arriesgado...

Por supuesto, el trabajador social no es decididor: tiene un jefe, una tutela, consignas y protocolos... De un punto de vista moral, debe en principio aplicar la ley, salvo alguna derogación deontológica defendida por el Colegio profesional: “me imponen tal consigna y debo conformarme a ella; lo siento, usuario”. De un punto de vista ético, no alcanza con decir: “tengo órdenes y debo cumplirlas”. Por supuesto que puedes y hasta debes cumplir, pero no solo porque vienen de arriba sino también porque cedes a ella, porque más o menos secretamente estás de acuerdo con ella. La ética pone la responsabilidad del sujeto en carne viva.

En el transcurso de entrevistas o visitas domiciliarias, nadie exterior escucha lo que dices, pero hay uno siempre presente, al acecho: el superyó. Esto implica que el gran controlador no es solo el jefe ni el ministro ni el presidente de la república. El gran controlador es también una parte de mí...

Desde el punto de vista ético no cabe pretender sin más, sin argumentación, que se es “víctima de decisiones del neoliberalismo”. Pretensión tal vez adecuada para la moral de izquierda a la que adhiero, por supuesto. La cual, como toda moral, y la judeo-cristiana no representa una excepción, está montada sobre la fuerza arrolladora de la culpa. Terrible fuerza, en realidad. Hace siglos que marcha. Exactamente veintiuno... ¿A quién culpa? “La culpa del presidente”. Por supuesto, un presidente inocente es casi una broma, pero su poder no es una omnipotencia que puede todo: si una medida toma efecto, es porque cada agente, por mínimo que sea, se compromete en ello. Consigna: “A esta mujer que no es solvente, hace meses que no paga su alquiler, hay que echarla” En realidad, no se dice “echarla”, porque es muy claro. Se dice: “sea razonable, señora, debe irse, consienta en irse, lo siento tanto como usted, pero es la ley”. Así se retrocede de la ética a la moral.

Desde el punto de vista ético, cada uno es corresponsable de decisiones que no ha tomado, y que si hubiera tenido el poder de hacerlo, no hubiera tomado.

Por eso, nociones como “el poder de actuar” son útiles, a veces divertidas, siempre idealizantes desconocen el hecho que cada sujeto se las tiene que arreglar con una cantidad enorme de parámetros, de imposiciones, el poder solo puede ser colectivo.

Desde el punto de vista ético, entonces, el sujeto es corresponsable de decisiones que no ha tomado, que no está de acuerdo. Es al trabajador social en carne y hueso que el usuario interpela. Trabajador social que tiene razón de afirmar: “no soy yo, ¿usted sabe? Es la política social”. Pero esta política social está representada, encarnada en una persona concreta. Persona que no es toda la política social, por supuesto, es una representante, un altavoz... Por esto me he referido al universal encarnado, lo universal hecho cuerpo.

No defendamos la ética en general, que es una entidad vacía. Defendamos **una ética del combate, una ética del enfrentamiento**. No se puede decir -salvo en la lucha política muy inmediata, casi primitiva-, no se puede decir que nuestros adversarios carecen de ética... Se lo puede criticar al neoliberalismo por muchísimas cosas, menos por su falta de ética. Tiene una ética terrible, en todo el sentido de la palabra. De allí que afirman y creen que “los pobres son culpables”, “si hicieran un esfuerzo, podrían dejar de serlo”.

O sea que la ética no defiende un valor universal, sino la posibilidad de que ciertos valores particulares devengan tal vez universales. Ideal posible, realidad improbable.

Supongo que el Colegio profesional de la Provincia de Buenos Aires

no defiende de la misma manera sus 20 000 adherentes. Algunos colegas adhieren a opciones indefendibles. Son inquietantes. Al menos que pensemos que la condición de trabajador social brinda una especie de coraza divina, que protege de toda estupidez... Hay colegas que son terribles... Lo cual me parece perfectamente normal, para nada insultante ni peyorativo. ¿Por qué? porque **no hay profesiones sin clivajes, sin separaciones, sin oposiciones**. Una cosa es el colectivo. El plural -los trabajadores sociales- se entiende como un colectivo profesional, con tareas semejantes, público reservado, y siempre con notables diferencias sino oposiciones en cuanto a las maneras de actuar. Por eso no se trata de un conglomerado anónimo y fraternal en el seno de una causa común. ¡Para nada! Justamente, las elecciones en un Colegio sirven para dirimir las diferentes tendencias en pugna.

Dejemos la ética tranquila, en fin...

Ética e intervención social: dos enigmas

Vayamos a la segunda incógnita, la intervención social, que es, según parece, lo que ustedes hacen. Es una especie de rumor persistente: los trabajadores sociales hacen intervención social. Dejando de lado mi leñador y otros personajes, **¿cómo pensar la intervención social?** No tanto cómo hacer, cómo tocar la puerta... Sobre todo, en qué consiste, ¿qué es una intervención social? ¿Cuándo una intervención es social? ¿Cuándo deja de serlo? ¿Cuándo llega a serlo? ¿Cuándo no reúne los requisitos para ser social?

Bien, ahí hay que hacer una pequeña distinción, entre trabajo social e intervención social. Para decirlo rápidamente, trabajo social es un Aparato ideológico de Estado. Y, como lo que existe es el estado burgués, burgués no es un insulto, es un concepto. Es un dato objetivo, discutible, sin duda, pero objetivo hasta prueba objetiva de lo contrario: funciona con o sin el acuerdo de los interesados.

Sí, la salud es un aparato ideológico de estado, es decir: “¿qué tengo que hacer, en tanto que asalariado del estado? No hagas nada. Hace cinco años... Tratá de obtener un papelito. Después tratá de que te contraten en un servicio y no hay nada que hacer, porque tu función, cuando te dan el papel; te dan un modo amplio. Te dicen que tienes que hacer tareas de reinserción social, de acompañamiento, acompañar a los enfermos psíquicos o físicos, tienes que luchar por tal o cual derecho... un poco, no mucho, no hagas mucho ruido”. El empleado del aparato del Estado, o de otros aparatos (provinciales o municipales) o incluso de ONG privadas pero habilitadas por el Estado e inscritas en una política social estatal, dicho empleado es un agente del poder de Estado burgués, o socialista, o fascista u otro. No veamos en ello ni un insulto ni una provocación, ni menos aun un menoscabo de una tarea de trabajador social que aprecio enormemente. Se trata de un dato significativo, que puede servir para explicar una serie importante de fenómenos, explicación parcial porque una explicación que se

pretende total y completa ya no es una explicación sino más bien una revelación religiosa. En este caso, porque además del trabajo social como Aparato ideológico de Estado existe también la intervención social, como veremos enseguida.

Marquemos algunos de los fenómenos que el concepto de Aparato ideológico de Estado permite allanar. Primero: la ilusión romántica de la libertad sin bridas de un trabajador social que no tiene que rendir cuentas a nadie, ni una política social que puede no tomar en cuenta, fenómeno perfectamente inexistente. Segundo: las preguntas sobre las tareas del trabajador social están ya respondidas, en buena parte, por la inscripción de este trabajador social en el seno del Aparato de Estado. Pero le queda la tarea -teórica e ideológicamente fundada- de variar un poco o mucho la definición estatal. Tarea no evidente, por supuesto, pero realizable... Tercero: la desconfianza de los usuarios hacia los trabajadores sociales, o hacia algunos de ellos, se articula a esta pertenencia estatal y a los poderes reales e imaginarios que esto implica. Difícil sobrepasar esta desconfianza dado su carácter trans-subjetivo.

La intervención social es lo que cada trabajador social singular hace con la parcela de poder de que dispone. Qué hago con la ley, por ejemplo. A Antígona le habían dicho: "Deja a tu hermano pudrirse o te va a pasar algo muy feo". Siempre uno tiene órdenes. Incluso quienes nos gobiernan tienen órdenes, del mercado, de la embajada de Estados Unidos, etc. El tema éticamente cargado es: ¿qué hago yo con las órdenes? ¿Hasta qué punto soy fiel o insumiso respecto de las consignas que tengo, de las órdenes que recibo? ¿Hasta qué punto me hago responsable de lo que decidieron por mí y por la gente de que me ocupo?

La intervención social tiene que ver con la ética concebida como postura ideológicamente no neutra.

Me dicen: "Hay que echarlos": con delicadeza, pero implacablemente: acompaño los usuarios para que descampen. Me dicen: "No hay que echarlos": no los echo. Cito varias posturas éticas, con ejemplos un poco burdos. Tienen en común que ponen en cuestión la decisión que un sujeto toma y su responsabilidad cuando la toma. Decisión tomada con o sin consigna institucional, con o sin jefe perseguidor.

Analicemos la intervención social de más cerca². Toda intervención social se caracteriza por un objetivo principal y un objetivo secundario. El objetivo secundario son las condiciones materiales de existencia, sobre las cuales produce efectos paliativos, no resolutivos. Quiero decir: el trabajo social no ha sido inventado -y no funciona, ni hoy, ni ayer, ni mañana- para resolver los problemas materiales de la gente. Pretenderlo releva de un error craso y de una inexperiencia concreta del trabajo social. Para que los pobres dejen de ser pobres, algunos derechos y algunos subsidios son necesarios, medidas preciosas y altamente defendibles por supuesto, pero eminentemente paliativas, hasta cierta

² Remito a mi libro "Problematizar el trabajo social - definición, clínica, figuras" (Barcelona, Gedisa, 2011)

altura del mes... Por supuesto que se deben aumentar los subsidios y acrecentar los derechos, pero esto no alcanza nunca. No satisface las necesidades. El pobre (o el psicótico, o el desempleado, o la mujer golpeada) sigue pobre **antes, durante y después de haber recibido al trabajador social**. Como los enfermos mentales, dado que los trabajadores sociales no curan, que sería la solución material. Los psicólogos no siempre curan, tampoco..., pero es otro problema...

La intervención, sobre la dimensión material, económica-financiera, de salud mental y/o de la salud física puede producir efectos paliativos, no resolutivos. Si se me conceden tres mil pesos y un colchón, es mucho mejor que si tengo cero y duermo a la intemperie. Pero con tres mil pesos..., no se va muy lejos. Y el asunto no es que vaya muy lejos. Se trata de que haga el menor ruido posible, o que lo haga en lugares ad hoc (ciertos barrios, por ejemplo). Puedes decirme: “Pero qué cínico! Nuestros usuarios pueden, a veces, enojarse con ustedes: “¿por qué no me consigues más?” Y tú puedes decirle que eres institucionalmente incapaz de conseguirle dos subsidios en vez de uno (que, por lo demás, seguramente no alcanzarán tampoco a resolver la dimensión material de la situación del usuario)... Culpabilizas, porque es realmente difícil vivir en una villa miseria, con una mujer, tres hijos, la suegra y el perro. Es muy difícil y, ¿cómo hacemos con esto? Yo tengo una respuesta que puede parecer cruel, pero que es altamente realista: primero, que **el trabajo social no puede todo. Hay cosas que no puede, ni podrá nunca**. Cualquiera sea el régimen político: no puede y no quiere (derecha), puede un poco pero no siempre puede mucho (izquierda).

La intervención social no existe para resolver la dimensión material de los problemas de la gente. Puede ser desastroso escuchar esto, pero, a la larga, es altamente desculpabilizante. No para decir: “bueno, que se arreglen”. No es en absoluto mi mensaje, que quede claro. Lo que digo es que no se puede resolver. Para dejar de ser pobre, hay una sola manera: la revolución social, la cual no está, que yo sepa, a la orden del día. O sea que, por el momento, los pobres son pobres y seguirán pobres. Esto quiere decir que hay que seguir luchando, pero esto quiere decir, también, que hay que renunciar al evangelismo progresista para evitarse sufrimientos personales e ineficacias profesionales... Renunciar a la idea que vamos a resolver la situación porque vamos a hacer lo mejor posible, lo mejor del punto de vista del trabajo social, no necesariamente en la perspectiva de los interesados.

La intervención social moviliza elementos materiales que no cumplen un rol resolutivo. No por ello son inútiles, simples polvillos engañosos. Se trata de un límite constitutivo, ilustrado por los servicios sociales en todas partes. Ejemplo: en Quebec, vuestros colegas disponen como recursos hebdomadarios³ sumas comparables a vuestros recursos probablemente anuales, y sin embargo se lamentan por su incapacidad de resolver la problemática material de la gente. Tienen completamente razón. Pero se equivocan rotundamente cuando creen que podría ser radical y completamente distinto. **El trabajo social no**

³ Adjetivo que hace referencia a *que aparece cada semana*.

puede reemplazar la revolución social. Tampoco puede suplantar la acción sindical o la acción política. Puede contribuir, apoyar, facilitar, jamás sustituirse. Como si pretendiera ser al mismo tiempo, Tarzán y/o su compañera Jane, el Banco de la Nación, el FMI, el ministerio de la salud, etc. etc. Semejante anhelo de omnipotencia de la intervención, mejor dicho, del interviniente, debería ser superado rápidamente, para evitar la irrupción del desaliento profesional y subjetivo ante la inmensidad desmesurada y altamente imaginaria de la tarea social. ¡Un verdadero cuento chino! Ahora bien, puesto que los chinos están hoy día en pleno capitalismo, lo mejor es cambiar el cuento, ¿no?

Para cambiar el cuento, hay que ser paciente. Si se puede, si uno tiene el tiempo mental de ser paciente, esto permite comprender que la intervención social produce otro efecto, que denominamos efecto principal.

Ética, intervención social e ideología: soportar (o no) la contradicción

Hay una mala palabra -históricamente muy cargada-, prácticamente en todos los países y en todas las lenguas. Confieso no conocer otra: la palabra, esto es el concepto, “**ideología**”. Este concepto adopta modalidades y estatutos muy diferentes: ideologías políticas, ideologías morales, ideologías sexuales habitualmente llamadas “educación sexual”... **¿Qué es una ideología? Es una concepción no neutra acerca del sentido de las cosas, del sentido del mundo, del sentido de la acción, de la condición femenina (feminismos) o masculina (machismos). Una concepción no neutra**, que busca afianzar ciertos modos de vida y de coexistencia social, ciertas relaciones de género, y que busca frenar, descalificar, expulsar otras modalidades.

Y, como ven, esto refiere al hecho que todo el mundo tiene una ética -incluso los “malos”- ¿cómo se diferencian las unas de las otras? Respuesta: gracias a la orientación ideológica explícita o implícita que conlleva toda postura ética.

Una ideología comprende una serie de discursos, hipótesis y creencias, y también comprende actos, acciones, comportamientos, instituciones (como los Aparatos ideológicos de Estado). No se trata pues de discursos en el aire. **Las ideologías son materiales, concretas, son discursos actuados, gesticulados.**

Para comprender la fuerza y los límites del trabajo social y de la intervención social, estamos obligados, obligadísimos, de refundar el concepto de ideología. Sin él, vuestra profesión de trabajador social es desesperante, incomprensible, devastadora. Y además inútil.

Y si algunos de ustedes pueden ser licenciados, el hecho es que, en el capitalismo, sobre todo en su fase neoliberal, el servicio social no puede ser licenciado, no puede desaparecer. Es necesario a la subsistencia del sistema... En otras palabras, los trabajadores sociales tienen un oficio de porvenir. Ahí donde yo, personalmente, tengo que buscar quién

me invite para hacer una conferencia, ustedes no tienen nada que hacer, dejan funcionar el sistema según su lógica propia y, éste les provee sin pausa ni descanso, casos sobre casos. Situación casi envidiable...

Perdonen estas ironías que permiten visualizar la potencia efectiva y contundente de la intervención social. Su fuerza radica en **las ideologías con las cuales, bajo las cuales, contra las que la gente soporta o no soporta más sus condiciones de existencia.**

Un trabajador social no es terapeuta y, aunque juegue al llamado trabajo social clínico, no cura a nadie. Y es mejor no jugar con competencias que uno no tiene.

Lo importante radica en las ideologías: en los valores, principios, modelos, representaciones, motivaciones. La intervención social es funcional a la ideología. Es decir, a la ilusión. Pero hay que leer Freud para saber que “ilusión” no es un fantasma. Es una promesa electoral movilizadora y que a veces cumple, parcialmente, con lo prometido. Por ejemplo, tengo la ilusión que lo que les cuento, les sirve... Es una ilusión: vengo por eso, eso me anima. Los humanos necesitamos ilusiones, quimeras, ensueños, ideales... Realidades también, por supuesto; pero la ilusión permite sostener, aguantar, proyectar.

Doy un ejemplo que adoro: los primeros cristianos, que bajaban al circo romano, y los leones -africanos, por supuesto- los despedazaban y terminaban por comerlos. Según relatos, los leones devoraban rápidamente, pero al cabo de una o dos horas de cohortes cristianas, los animales se cansaban, entraban en modorra, jugaban con los cuerpos aterrados. Jugaban como un león puede jugar, no como los chicos, aunque a veces... Juegos sanguinarios, con una o varias partes del cuerpo. Dolores terribles, por supuesto. ¿Cómo hacían los cristianos para soportar? Disponemos de un elemento de respuesta, a saber: si uno no es mezquino, no compara la media hora de sufrimiento atroz por obra de los malditos leones con la eternidad que espera allá arriba, en el Cielo. Incluso, diría un americano del norte, haciendo un cálculo de inversión-réditos: morir desgarrado por un león debe ser terrible, pero no excesivo comparado a la beatitud eterna y al goce sin límites del más allá.

La ilusión sostiene la vida. Y también la muerte de los llamados pueblos inferiores, razas inferiores, seres inferiores, comunistas, mujeres, pobres.

Ideologías conscientes e inconscientes. Ejemplo: tomamos unas copas con el delegado general de una importante asociación francesa de lucha contra las discriminaciones... A la cuarta-quinta copa, tal vez porque no soportaba bien el whisky sin hielo, este hombre me (se) dice: “¿Te das cuenta? Con el puesto que tengo y los riesgos que tomo, evidentemente no soy racista”. Por mi parte, no digo nada, me callo, aprendí eso de los psicólogos, hay que esperar... Y entonces el delegado general antidiscriminaciones prosigue: “No soy racista, pero personalmente me apenaría que mi hija se case con un negro”. “Comprendo, digo. Comprendo su síntoma...”. Con este ejemplo (¡real!) quiero

subrayar que no se puede carecer de contradicciones menores y a veces mayores. **De contradicciones no se puede carecer.** Esto no disculpa nada, por supuesto. Pero no es un rasgo de depravación o de enfermedad: los humanos “normales” somos contradictorios, la contradicción no es un accidente sino una estructura de funcionamiento. Es ella que nos hace soportar y soportarnos, y a veces traicionar tal o cual ideal. Concepto a rehabilitar tanto personalmente como en la actuación profesional.

Razón por la cual los usuarios te hablan o se callan, te encuentra simpática, comprensiva, poco o nada severa..., pero no ignora que posees un diploma de Estado que a su vez te posee, parcialmente al menos... De allí tu contradicción constitutiva entre tu pertenencia al aparato del Estado -vía el trabajo social- y, por otro lado, tu ejercicio profesional, tus intervenciones que pueden no ir en el mismo sentido ni obedecer exactamente a la misma lógica.

No cabe lamentar que una situación sea contradictoria, porque contradicción significa “viviente”. **Si no te afrontas a contradicciones, debes complacer las órdenes que te imponen.** Lo que nos salva es tener contradicción. Es decir, ser a veces un poco incoherentes, y por ende deber contractar algunos compromisos.

Las colegas, los colegas con los que uno no se entiende, por razones ya dichas antes, no carecen de ética, no carecen de principios y de valores. La ética que consiste en señalar a la gente, señalar a la policía, al poder judicial, constituye una ética. “Yo no tomo riesgos porque no terminé de pagar el banco, porque debo proteger a mi familia, cada uno debe velar por sí”, es una postura ética corriente. Lamentable pero habitual. El tema no es llegar a ser ético, tarea curiosa y finalmente imposible. Lo importante es identificar qué ética funciona de hecho en mis actitudes y comportamientos, cómo funciona con mi ética, mi grado de dogmatismo porque dogmáticos no son solamente las gentes de enfrente: hay que ver la dosis de cada uno de nosotros.

Tres figuras del acompañamiento social, tres posturas éticas

Las tres figuras del acompañamiento social tienen que ver cómo uno puede desempeñarse con la gente. Tres formas típicas que describo sucesivamente, pero que no funcionan necesariamente por separado. Es cuestión de dosis, cuánto **de caridad -que es la primera figura-, cuánto de toma a cargo -la segunda- y cuánto de tomar en cuenta, la tercera. La caridad, toma a cargo y tomar en cuenta, son tres piezas de teatro.**⁴

En lenguaje actual, la caridad corresponde a la filantropía del neoli-

⁴ Varios artículos y el libro ya citado explicitan estas tres figuras del acompañamiento profesional: **Problematizar el trabajo social: definición, figuras, clínica.**

beralismo. No son episodios del pasado, solamente. Forma parte de la historia, con sus monjas y otros personajes, pero también con las damas (laicas) de caridad, las multinacionales que hacen donaciones, las fiestas de las grandes fortunas que otorgan sus óbolos.

La caridad pone en escena personajes típicos: los usuarios que se llaman “criaturas”. Son criaturas de 4 o de 40 años, lo importante es que sean vulnerables, es decir que puedan ser considerados en términos de vulnerabilidad y sinónimos (debilidad, fragilidad, con la menor cantidad posible de recursos, etc.). Condición *sine qua non* para ejercer la caridad. Cada vez que ustedes dan al término “vulnerable” un estatus de definición de la gente de la que se ocupan, están haciendo caridad: ¡lo cual no es un insulto, sino una definición! En efecto, quien ejerce la caridad tiene necesidad de la miseria material y/o simbólica para exhibir y poner en ejercicio su riqueza. Vocablo clave de la caridad: “**socorro**”. Tratar de sacar al otro de su situación puesto que por razones diversas este otro es incapaz de hacerlo solo. La caridad cuenta sobre la incapacidad del cliente y la voluntad de redención del interviniente.

El trabajo social se constituye y prospera contra la caridad. Este “contra” significa dos cosas: a la vez opuesto y también apoyado. Contra la caridad, en ese doble sentido, la figura-prototipo del trabajo social es el “**tomar a cargo**”. Aquí también es cuestión de vulnerabilidad del usuario, esto es de omnipotencia del trabajador social. Está en juego la incompetencia del usuario para tomarse a cargo, no está en juego su malestar, sino su sufrimiento. La primera pregunta que se suele formular al usuario, en visita domiciliaria o cuando viene al despacho, es: ¿cuál es su problema? ¿En qué puedo ayudarlo en sus dificultades? La **relación de ayuda** es el termino clave de la toma a cargo. Sobreentendido: le diré como debe hacer para resolver al menos en parte su situación. Habida cuenta que soy competente, habilitado por la Academia, con experiencias. Nada que objetar, por supuesto: diplomas, habilitaciones, experiencias son elementos preciosos y necesarios. Pero su pertinencia difiere según que esté al servicio de caridad, de la toma a cargo o de la toma en cuenta. No es lo mismo imaginar que los usuarios tienen *dificultades o problemas* de los que mi ciencia tratará de salvarlos (sic), o bien si tienen *características* que no son automáticamente dificultades a allanar si no rasgos a acompañar, como veremos en un momento.

En la toma a cargo el objetivo es ayudar a la gente a ir mejor, según ciertos cánones intangibles, intocables, no cuestionables. ¡Tal es el hic! Rige aquí una ética del deber y de la imposición, probablemente una moral apurada por extirparle sus síntomas a la gente, porque no sabe que los síntomas expresan estrategias a menudo exitosas que conviene considerar como ventajas y no obligatoriamente, mecánicamente como defectos. Por supuesto no hay que darle una nueva botella de vino al alcohólico. Pero sí cuidar los síntomas como un bien precioso. Los síntomas suelen oficiar como mascarillas de protección que detienen el contagio a condición de tomar simultáneamente otras perspectivas... Prostitución, adicciones diversas y otras terribles experiencias no solo representan problemas sino también soluciones, salidas,

sublimaciones. No propongo en absoluto auspiciar esas experiencias, propongo no juzgarlas, tratar de descifrar en qué pueden constituir una salida para uno o varios sujetos, como y porqué el consumo (u otra cosa) es inseparable del llamado mercado de trabajo, de las perspectivas de vida, de las condiciones de sobrevivencia individual y colectiva. Qué buscan decir **gracias** a sus síntomas.

No es grave ser moralista u otro... Características que se pueden curar, pese a que no se trata de enfermedades. Pasar de la toma a cargo a la toma en cuenta consiste en pasar del socorro y la ayuda a la alianza con el usuario y a la mejor utilización posible de los recursos institucionales. Alianza, como se dice, alianza matrimonial, alianza política. La alianza es siempre más o menos equívoca: sin que sea imprescindible saber sobre qué ni por qué. Mil ejemplos políticos o incluso matrimoniales lo prueban.

Algunos dicen que el usuario se droga porque va mal. No es imposible, pese a que ciertos consumidores se drogan porque están aburridos de ser desesperadamente normales, normalizados. No es imposible que se droguen porque van psíquicamente mal, pero no descartar la posibilidad de que, cuando se deje de drogar, corre el riesgo de funcionar todavía peor. ¿Qué hacer? Prudencia, no confundir “urgencia” con “pasaje al acto” del profesional. Sopesar los términos que se usan, las problemáticas teóricas que se movilizan, para evitar que decidan en tu lugar y a tus expensas. Si del punto de vista legal la drogadicción es un delito (sobre todo en clases populares), si del punto de vista psicológico se trata de un trastorno de personalidad o de una desviación comportamental de un punto de vista sociológico, en trabajo social la drogadicción marca un funcionamiento a descifrar, a la vez un problema y una solución frente a las complejidades de la vía del usuario, complejidad que constituyen el objeto de la intervención social.

La toma en cuenta implica aprender de los usuarios... ¿Cómo éstos se las arreglan para sobrevivir? ¿Qué saberes -no diplomados pero sabios a su manera- despliegan? Confrontada a ciertas situaciones duras, la asistente social dice a la usuaria: “¡No soportaría un hombre así!”. “De acuerdo, pero tú no eres el usuario, es ella”: la compasión tiene que ver con la caridad...

“Si no hay demanda, no se puede intervenir”. Afirmación dudosa. Mientras está viva, la gente tiene demandas, que no siempre formula. Puede suceder que yo no entienda la demanda, no estoy suficientemente equipado, falta de arsenal teórico y de postura ética adecuada. Y, entonces, en vez de decir “yo no entiendo, perdona, ayúdame a descifrarte”, sucumbo a la omnipotencia y proclamo “esta usuaria no pide nada”. Piden, piden siempre. Piden esto o aquello. Piden que te vayas, demanda hartamente fuerte; piden que no la hinchas más; que no le desees más su bien, porque ya lo conoció de otro modo...

Interpelar la supervisión desde el análisis de las prácticas

La supervisión es una de las perspectivas posibles sobre las prácticas, la más frecuente probablemente... Se acostumbra identificarla con el análisis de las prácticas, como si fueran sinónimos intercambiables, lo cual es rotundamente erróneo. Estos términos no pueden ni deben subsistir el uno al otro. La supervisión es una modalidad particular de análisis de prácticas, dotada de ciertos objetivos y encerrada en ciertos límites.

En efecto, sin usuarios, no hay práctica profesional. Sin política social, no hay práctica profesional. Sin formación adecuada, no hay trabajo social: ¡hay caridad, justamente! Sin posturas teóricas e ideológicas en un servicio o institución social, no hay ni trabajo social, ni práctica social. El profesional y su subjetividad, así como sus orientaciones metodológicas, su ética, forman parte de la práctica, son elementos preciosos, **como todos los otros**.

Como señalo en otros escritos, Ana Freud, hija de Freud pues, inventó este procedimiento de *super-visión* de trabajadores sociales justo antes de la segunda guerra mundial, en Viena primero, en Londres luego; procedimiento difundido en USA y en Europa, en muchos de los países donde existió o existe trabajo social.

La supervisión confunde constantemente el análisis de las prácticas con el análisis de los prácticos o trabajadores sociales, con sus vivencias subjetivas, con los escollos personales, sobre todo psíquicos, con los que se topan en su quehacer. Trata también de la práctica, pero como soporte, como espacio material donde el trabajador social encuentra facilidades o impedimentos, sobre todo cuando no puede ejercer su profesión según los cánones establecidos (aunque raramente especificados, menos aún discutidos).

Se puede afirmar que la supervisión comprende un poco de análisis de las prácticas y mucho de análisis de quienes se desempeñan en las prácticas. Su objetivo suele ser el obtener el mayor confort psíquico posible para el trabajador social, que llegue a un estado de serenidad profesional comportando la menor cantidad y la mayor calidad posible de problemas. Cosa que es defendible, hasta cierto punto al menos. Nadie busca, a comenzar por los interesados, que el trabajador social sufra a causa de su empleo, de las situaciones que afronta, etc. etc. Pero hay un problema, un grave problema. Un error de perspectiva. A saber: **el práctico no es la práctica**. Esta última no representa en absoluto un simple escenario subjetivo o intersubjetivo. Se trata de una configuración a parte entera, a considerar como tal. En absoluto reducible ni subsumible a la subjetividad de quienes actúan en ella.

Una palabra sobre la ética: ¿es ella individual? De ninguna manera puesto que no nace conmigo ni tampoco muere conmigo. Es singular (para nada individual, sino universal encarnado), en el sentido que la responsabilidad por los actos cometidos o esquivados no lo es de una comunidad anónima sino absolutamente la mía. Lo colectivo sirve, no

para que los individuos se escondan detrás sino para que seres singulares lo lleven adelante a sus propios riesgos.

Ningún emblema me ahorra el compromiso, ninguna doctrina ni carnet partidario me dispensa de jugármelas, a la manera de Antígona... La ética concierne lo trágico, a no confundir con lo sentimental. Por eso, sea dicho al pasar, las series de la TV suelen ser harto moralistas y moralizadoras: porque la ética brilla por su ausencia. Esto quiere decir: no se elige una ética como una camisa en un guardarropa que contiene varias. Es más bien ella, una ética determinada, que te elige, a partir de los gestos puestos en obra, de los recaudos que se han tomado o evitado, de los discursos... En una palabra, una cierta ética siempre particular se pone objetivamente en obra, en el seno de prácticas de las que el profesional es un elemento esencial pero no único.

“Quisiera que analicemos mis prácticas” ¿qué palabra subraya: “mis” o “prácticas”? Si subraya “prácticas”, se trata de analizar los gestos, los comportamientos, las medidas propuestas, los referenciales teóricos e ideológicos puestos en obra - la acción objetiva y material. Si subraya “mis”, se trata de analizar la subjetivación de sus prácticas, cómo él ve lo que hace, sus sublimaciones y representaciones. Por supuesto debemos considerar esta subjetividad y esta subjetivación de los intervinientes, en tanto que componentes, de ninguna manera como motor autosuficiente. Allí radica, por lo demás, uno de los méritos, una de las utilidades mayores de los dispositivos de supervisión.

“¡No creo ya más en el trabajo social!”. “Muy bueno” -replico-. No hay que creer en el trabajo social, hay que pensarlo. El psicólogo no cree en la libido, ni el químico en el átomo. No es cuestión de creer. El trabajo social contemporáneo exige más y mejor que la simple creencia y sus presupuestos religiosos...

Llegamos al final de esta charla que, espero, indica algunas pistas para pensar el trabajo social y la intervención social, y no solo para actuar, pensar ayuda a actuar con estrategias adecuadas. Entre otros temas, queda abierto mi proposición post-supervisión, que llamo **clínica transdisciplinaria de la intervención social**, empleada en varias ONG o instituciones de Estado. Esta clínica se conecta a la **toma en cuenta** de los usuarios, más allá de la caridad y de la toma a cargo, que tampoco pude tratar precedentemente.

Razón suplementaria para tener el gran placer de encontrarles de nuevo, en un próximo viaje a Latinoamérica. ¡Muchas gracias por vuestra escucha, y ahora por vuestra lectura!

Si les interesa, la página www.pratiques-sociales.org que codirijo, incluye un “espacio español” que presenta una buena parte de los contenidos traducidos en castellano.

Saul Karsz⁵

Buenos Aires, octubre 1936. Infancia tranquila, muy interesado por el mundo, leía todo lo que me pasaba por las manos: de *Vosotras*, revista “femenina” a la que mi madre estaba abonada hasta la literatura mundial (sic) que mi tío pintor (obrero durante el día, pintor-dibujante al atardecer y los fines de semana, atento y de poco hablar) me pedía que le resumiera mientras le servía de modelo. Del colegio secundario me quedó mi pasión por la literatura, la exigencia de frases bien pensadas, construidas lo mejor posible, así como una antipatía a la vez inquieta y temerosa hacia las matemáticas (que me dura aún). Empleado a partir de los últimos dos años del secundario (aprendiz panadero, vendedor, mensajero). Solíamos ir de vacaciones a la montaña cordobesa, mi madre venía algunos días solamente.

Heredé ese empecinamiento, ese amor por el trabajo realizado con rigor, prestando escasa atención al costo físico o psíquico. ¿Un caso de alienación consentida y hasta feliz? Animado, al mismo tiempo, por la certeza que producir contribuye al bien público, mejorando la vida de mucha gente. Y es así que, al término del secundario, inscribirme en filosofía (UBA), me pareció tan lógico cuanto extraño. **Lógico** porque frecuentar el pensamiento de quienes se confrontan al mundo es fascinante, hace madurar, incluso si uno no comprende todo. En todo caso cuando se es joven... Envejeciendo, se termina por aprender que comprender no es un don natural sino un trabajo infinito. Tal es la cuestión que me atraviesa desde entonces: pensar la vida y no solo vivirla o sobrevivirla. Platón y Hegel fueron mis grandes referencias, mis tutores de viaje. Con algunos compañeros leíamos y discutíamos Marx, sobre todo al margen de nuestros estudios. **Extraño**, también, porque ninguna línea directa conducía de mi barrio de Villa Crespo a la casona de la calle Viamonte, sede de la carrera de filosofía. Casona con olor a saber. Cafés en los alrededores, escenarios diurnos y nocturnos de nuestras discusiones y disputas -no siempre amenas- en torno a autores y acontecimientos. Particé activo en el sindicalismo estudiantil, fui

⁵Nota auto-biográfica.

entendiendo progresivamente qué significa universidad pública y laica y la oportunidad extraordinaria que ésta nos ofrecía...

Inventé entonces los Grupos de Estudios filosóficos: cada grupo reunía una vez por quincena, durante uno o dos años y al margen de las instituciones oficiales, una docena de profesionales de psicología, psicoanálisis, trabajo social, derecho, filosofía, y también algunos estudiantes. Estos grupos, que acogieron centenas de participantes, se convirtieron en espacios obligados de reflexión. Zona de respiración respecto de los discursos oficiales. Algunos de mis colegas que se decían de izquierda me recriminaron acerbamente esta iniciativa -terminando por hacer lo mismo-.

Cinco-seis años ricos en aventuras, lecturas, encuentros, amores. Apetencia definitiva por la lectura y la escritura, indisociables de la sensibilización política. Varios años de enseñanza de filosofía y un poco en sociología, intensa actividad con los Grupos de Estudios filosóficos. Primeros compromisos con el psicoanálisis, a la vez experiencia subjetiva y orientación teórica mayor. En 1965, beca de un año y medio para hacer la tesis de doctorado (“la dialéctica hegeliana”) bajo la dirección de Jean Hyppolite y François Châtelet (Francia). Dictadura en Argentina. Instalación en Francia hasta hoy día. Carrera universitaria (Paris V-Sorbonne, también Paris III y Paris VII, ciencias sociales articuladas a un afán filosófico constante). Traje conmigo, de Argentina, una manera peculiar de transmisión de conocimientos y de cuestionamientos, habitualmente llamada “enseñanza”: hacer del pensamiento una pasión vital y un compromiso ideológico, someterse al rigor del concepto y a la poesía de su enunciación, evitar la pedantería del mono sabio. Diversas técnicas pedagógicas permitían poner en obra estas metas.

Tres experiencias mayores, finalmente complementarias. **La primera**, mayo 1968, periodo de desestabilización de una sociedad francesa anquilosada y vislumbre de otras modalidades de convivencia, de trabajo y de consumo. **La segunda**, los trabajos de Louis Althusser, extraordinario retorno a Marx que fue en realidad una reinención de la potencia explicativa de este pensamiento, apertura de novedosas y fructuosas perspectivas. Fertilidad extrema en materia de trabajo social. En ocasión de remitirle en manos propias un libro que la editorial Galerna (Buenos Aires) me había encomendado sobre su obra, forjamos una amistad -intercambios, debates, confidencias- que duró hasta su muerte (1990). Su artículo, publicado primero en español, “*La filosofía como arma de la revolución*” reaparece regularmente en mis reflexiones y producciones. **Tercera experiencia**: el trabajo social, práctica sin teoría *ad hoc* porque pese a los numerosos testimonios de sus agentes y a los múltiples trabajos sociológicos, psicológicos, económicos a su respecto, su objeto específico y su acción sobre este objeto quedan sobreentendidos, engendrando invariables malentendidos. El trabajo social existe, pero no se sabe bien cómo, porqué, para qué. Para colaborar a este esclarecimiento indispensable, desde entonces propongo numerosas publicaciones y cursos, así como una *clínica transdisciplinaria*

de la intervención social. Clínica no psicologista. Transdisciplinaria o transfronteriza como lo es el objeto propio del trabajo social. Intervención social: acto que cada trabajador social ejecuta y asume como puede en el seno de una política social decidida fuera de su control.

Fundación de la Red “**Prácticas Sociales**” (1982). Animación del seminario “**Deconstruir lo social**” (Sorbonne, 1989-2004). Codirección de la página www.pratiques-sociales.org (francés y español, presenta mi bibliografía). Dirección del boletín **LePasDeCôté** (ElPasoDeLado), edición en castellano en preparación. Codirección del canal video **YouTube-Pratiques Sociales**.

La producción constante de artículos, libros y videos (no solo sobre el trabajo social), así como el acompañamiento de trabajadores sociales y de cuadros de dirección bajo la égida de la clínica transdisciplinaria de la intervención social siguen siendo mis actividades principales (Francia, Suiza, España, Quebec). Viajes regulares (¡cuando no hay Covid-19!) a América latina, sin descuidar por supuesto mi querida Argentina. A veces tomo vacaciones, medidas por supuesto.